

PRÓLOGO DEL PRELADO DEL OPUS DEI

La encarnación del Verbo trajo consigo una profunda transformación de las relaciones de los hombres con Dios: de siervos a amigos. En la antigua alianza, los israelitas, aunque elegidos de entre todas las naciones para ser propiedad peculiar del Señor, tenían sobre todo la conciencia de ser siervos del Dios todopoderoso: «¡Ah, Señor!, yo soy tu siervo, el hijo de tu esclava» (Sal 116,16). En la nueva alianza, en cambio, Jesucristo mismo se dirige a los Apóstoles —y, en ellos, a todos los que seguirían sus pasos a lo largo de los siglos—, de esta manera: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he hecho conocer» (Jn 15,15).

Ser amigos de Jesús, hijos de Dios en Jesucristo, es nuestra grandeza. Si por la creación somos ya imagen de Dios, el Bautismo nos libera del pecado, nos otorga el don de la filiación divina y nos capacita para obrar como Él, en el mejor ejercicio de la libertad, con plena voluntariedad actual en el servicio de Dios y de los demás. El beato Álvaro del Portillo, en la Presentación de *Amigos de Dios*, hacía notar que el camino hacia la santidad que nos propone san Josemaría «está tendido con un profundo respeto a la libertad». Una libertad que nace precisamente del sentido de la filiación divina, tan insistentemente propuesto por el fundador del Opus Dei. «Filiación y amistad —escribía también el beato Álvaro— son dos realidades inseparables para los que aman a Dios».

Este libro, *Amigos de Dios*, es una exposición —no sistemática, aunque bastante completa— de las virtudes naturales y teologales que Dios invita al hombre a poner en práctica. Si, en su primer volumen de homilías, san

Josemaría impulsaba a recapitular la vida de Cristo al compás del año litúrgico, en este sugiere el modo concreto de recorrer la senda trazada por el Señor durante su vida terrena. Las dieciocho homilías que lo componen son como los peldaños de la escala que es preciso subir para alcanzar la santidad a la que Dios nos llama: «Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

San Josemaría no considera las virtudes en un horizonte de simple afán de perfección personal, sino como pasos sucesivos en el camino de la identificación con Jesucristo. Así, por ejemplo, en la maravillosa homilía que cierra el libro —*Hacia la santidad*—, leemos: «Seguir a Cristo: este es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos». Un detalle significativo también del cristocentrismo, que animaba la vida y la predicación del fundador del Opus Dei, presente en este libro, es que en sus aproximadamente 400 páginas, los nombres Jesucristo, Cristo, Jesús, el Señor se encuentran 400 veces.

De la identificación con Cristo proviene el amor a los demás, el afán de servicio, el anhelo apostólico. «Así como el clamor del océano se compone del ruido de cada una de las olas, así la santidad de vuestro apostolado se compone de las virtudes personales de cada uno de vosotros» (*Camino*, n. 960).

A la vez, *Amigos de Dios* es un libro que han leído y apreciado muchos hombres y mujeres no cristianos, porque la virtud, con independencia de su vinculación con la vida sobrenatural a la que la fe nos impulsa, es siempre humanamente atractiva. La Iglesia, decía el beato Pablo VI, es «experta en humanidad» y no puede dejar de comunicar su verdad moral a quienes no creen en Cristo. Una de las homilías de este volumen se titula *Virtudes humanas*, y tiene por objeto precisamente esas cualidades que tanto estimamos en la convivencia con los demás: desde la sinceridad a la simpatía, desde la reciedumbre a la puntualidad. Son cualidades que tantas veces vemos encarnadas también en personas no creyentes. Por eso el reconocimiento de las virtudes humanas puede ser un punto de encuentro con quienes no tienen fe. En muchos casos, como señala también san Josemaría, el ejercicio de estas virtudes puede ser, además, terreno fértil para la gracia, que de esa disposición activa al bien natural puede hacer que nazca, en el interior del alma, la aceptación de la luz sobrenatural.

La presente edición crítico-histórica de *Amigos de Dios* da acceso a un nuevo nivel de lectura de este libro. Con sus notas y comentarios, Antonio

Aranda da razón de los avatares de cada homilía. Su reflexión teológica, además, tiene el gran don de mostrar el todo en el detalle: tantas veces sus observaciones ayudan a descubrir el planteamiento de fondo de san Josemaría en los pliegues de una frase; su intención pedagógica, en la opción por una cita en vez de otra; su experiencia pastoral, en una anécdota que ilustra adecuadamente la idea expuesta.

La lectura de esta nueva edición de *Amigos de Dios* permitirá ahondar en el espíritu de san Josemaría. Deseo, además, que quienes ya conocemos el libro —que quizá leímos por primera vez hace muchos años— renovemos aquella impresión profunda que en su momento seguramente nos dejó en el alma.

Mons. Fernando Ocáriz
Prelado del Opus Dei
Roma, 26 de junio de 2018